

Ángel González: «Mi biografía está en mis poemas»

Ana Solanes

EL POETA ÁNGEL GONZÁLEZ MURIÓ EN MADRID, A LOS 82 AÑOS, EN EL PASADO MES DE ENERO. ESTA ENTREVISTA FUE UNA DE LAS ÚLTIMAS QUE CONCEDIÓ, POCOS DÍAS ANTES DE FALLECER.

La cita era en la plaza de San Juan de la Cruz y en la Kontiki, el bar madrileño, situado junto a su casa, al que Ángel González acudía a diario a comer, poco –por lo general un sándwich mixto con huevo–, a beber buen vino, aunque no muy caro, y a tomarse un whisky con cualquiera de sus muchos amigos, siempre de la misma marca, en vaso bajo y con dos piedras de hielo rituales. Al autor de *Palabra sobre palabra* le gustaba cuidar sus costumbres hasta el punto de que, en ocasiones, hasta llegaba a ponerles nombre: cuando la copa no era la primera de la mañana sino la primera de la tarde, siempre la tomaba en el mismo momento, que había bautizado como «la hora Hemingway.» El día en que nos encontramos para hacer esta entrevista, Ángel sonreía, como siempre; pidió un cocido del que pensaba comerse cuatro o cinco garbanzos y, mientras lo traían, le hacía carantoñas a un bebé que se quedaba absorto mirándole, como con respeto, y él me explicó entonces que le gustaba a los niños porque les trataba como a personas adultas y les dejaba tranquilos. Era verdad, y creo que podría añadirse que lo era como todo lo que él decía, porque tengo la impresión de que Ángel González a veces se callaba, por el puro placer de dejar hablar a otros, y a veces cambiaba de conversación, por prudencia o por falta de maldad; pero nunca mentía.

Ese día Ángel habló más que de costumbre, o al menos más de lo que yo le oí hablar nunca, porque tener la suerte de conocerlo era también llevarse la sorpresa de descubrir cuánto disfrutaba este maestro de la palabra enmudeciendo entre amigos, con su copa y su cigarro, casi siempre en un cómodo silencio que rompía de vez en cuando con algunas frases agudas, certeras, para seguir opinando después, sobre todo, con los ojos, como escribía de él hace unos meses y en esta misma revista, Luis García Montero. Si en una de esas reuniones alguien no hubiera sabido que el joven anciano que estaba allí sentado en silencio era uno de los más grandes poetas españoles, seguramente hubiera pensado, de igual forma, que ese anciano tan joven era un sabio, y se habría quedado absorto escuchando su mirada, como los niños.

Pero ese día de invierno, el autor de *Sin esperanza, con convencimiento*, el académico, Premio Príncipe de Asturias y voz fundamental de la llamada generación del medio siglo, se prestó contento a hablar de su poesía y de su vida, de la guerra y del amor, de sus esperanzas y sus convencimientos. Aquella conversación tan sólo iba a ser una parte de la entrevista que debíamos continuar algún otro día, sin prisa, pero que, con su muerte el pasado mes de enero, se ha interrumpido, se ha llenado de verbos en pasado, ha quedado rota como tantas otras cosas, tantos planes y tantos corazones de amigos y lectores de este excepcional poeta y esa maravillosa persona que fue Ángel González. Con la ironía que lo caracterizaba, una ironía que él solía atribuir a su origen asturiano y que a veces rayaba en el humor negro, el autor de *Áspero mundo* le puso al que por desdicha va a ser su último libro de poemas, en el que trabajaba desde hace años, el título de *Nada grave*. Entonces eso aún no se sabía, y sólo se descubrió cuando su mujer, Susana Rivera, revisó el manuscrito de esa obra aún en marcha que el poeta guardaba en su ordenador; pero durante nuestra conversación sí que hablamos de los poemas nuevos que había escrito, cuando le pregunté cómo eran y cuándo pensaba publicarlos; y su respuesta fue preocupante: «Tengo algunos poemas, pero son tan pesimistas, tan negros, que no me parece que se puedan publicar... Al menos mientras yo esté aquí y tenga que dar la cara por ellos.»

Y, sin embargo, Ángel González parecía muy contento esa tarde. Estaba ilusionado porque, como cada año por esta época,

Susana iba a llegar pronto a Madrid desde Albuquerque, Nuevo México, donde es profesora; y, sobre todo, porque el proyecto, largamente acariciado por ambos, de que ella pidiese una excedencia y viniera a vivir a Madrid, en lugar de andar yendo y viniendo los dos de Estados Unidos a España y viceversa, parecía que, por fin, iba a poderse llevar a cabo. Hablar con Ángel González era hablar con un hombre enamorado, que quería de una manera incondicional a su mujer, con la que llevaba tantos años, y de eso nos reímos también esa vez, al recordar una broma que solía gastarle su amigo y compañero de generación literaria, y de muchas cosas más importantes que la literatura, José Manuel Caballero Bonald: «¡Qué disparate, Ángel! ¿Cómo se puede estar enamorado a tu edad?» Pero el caso es que lo estaba, y hasta tal punto que, al modo de las historias más románticas, la pasión de Ángel por Susana era cada día más profunda y hasta llegó más allá de la muerte, como pudimos comprobar quienes asistimos a la inhumación de sus cenizas en Oviedo, donde su amigo Luis García Montero dio lectura a un documento que el maestro había dejado escrito en el año 2000, cerrado en un sobre que sólo debía abrirse tras su muerte. Era una carta de amor a su mujer, en la que le repetía que era la persona que más quiso en el mundo, le pedía que intentase ser feliz y le enviaba, al final, «un beso muy largo, interminable.» Para que ninguno de los lugares que prefería su marido se queden del todo sin él, a la mañana siguiente del entierro multitudinario del poeta en el panteón familiar del cementerio de El Salvador —una sepultura que en nuestra charla de la Kontiki definió como «su única posesión en Asturias»—, Susana subió con algunos de los amigos más íntimos de la pareja al Naranco de Bulnes, y en un lugar predilecto de Ángel, al que solían ir a pasear y a recoger flores silvestres, una pequeña pradera que hay junto a la iglesia prerrománica de San Miguel de Lillo y a pocos metros de la de Santa María del Naranco, esparció otra parte de sus cenizas, al pie de un árbol cubierto de hiedra que, sin duda, crecerá como ningún otro de su especie.

Pero todo eso sucedería algo más tarde, en realidad muy poco después, tan cerca de aquella comida en la Kontiki, que ahora parece increíble que Ángel González ya no esté aquí, que su paso de la vida a la muerte haya sido tan veloz. Antes de eso, el autor

de *Prosemas o menos* habló para *Cuadernos Hispanoamericanos* de su vida y su obra tranquilamente, igual que si no lo estuviera acechando ninguna amenaza.

– *Siempre recita, al empezar cada una de sus lecturas de poemas, uno llamado «Para que yo me llame Ángel González», que suele definir como su sintonía. Y luego tiene, a lo largo de su obra, otros poemas que incluyen su nombre y plantean dudas sobre la identidad. ¿Es un tema que le obsesiona?*

– No sé muy bien el por qué, pero es cierto que siempre fue un tema sobre el que insistí. La extrañeza de mí mismo, el no saber muy bien quién soy, el tratar de aclarar mi identidad, el cómo y el para qué de nuestra presencia en este mundo... Todo eso me lleva a escribir, a lo largo de los años y en diferentes libros, poemas que tienen que ver con la identidad. Mi poesía tiene un fuerte aspecto confesional, pero no sólo en el sentido político, sino también en un ámbito privado, y éstos son también poemas testimoniales de mí mismo, una especie de autorretrato corregido a lo largo del tiempo.

– *¿La autobiografía es parte del estilo, entonces? Quizás eso explique por qué José Agustín Goytisolo y usted son los dos poetas más amargos de la generación del 50: a fin de cuentas, son los dos que sufrieron el drama de la guerra civil más de cerca, más en la propia piel, puesto que él perdió a su madre y usted a uno de sus hermanos.*

– Bueno, sí, es verdad que el resto de poetas de la generación del 50 tuvo una infancia durante la Guerra Civil podríamos decir que incluso amable, porque pertenecían a familias de la burguesía que estaban muy en contra de lo que estaba pasando en la España de entonces. Eso lo dijo en más de una ocasión Jaime Gil de Biedma, que recordaba aquel tiempo como un largo periodo de vacaciones y ocio, con lo que, si lo piensas bien, quizá tiene más mérito que luego tomase conciencia de quién era quién y se convirtiese en un hombre de izquierdas que, como tantos otros, tuvo

«Mi poesía tiene un fuerte aspecto confesional, pero no sólo en el sentido político, sino también en un ámbito privado»